



¿Enodiplomacia desde el Cono Sur? Enodiplomacia, realismo periférico y estudios eidéticos en perspectiva regional de los estudios internacionales*

Enodiplomacy from the Southern Cone? Enodiplomacy, Peripheral Realism and Eidetic Studies in a Regional Perspective of International Studies

Gonzalo Rojas-Aguilera¹

Resumen

Analizamos los fundamentos de la enodiplomacia y el vínculo con otras teorías de alcance global emergidas desde la región en años recientes: el realismo periférico y los estudios eidéticos. Asimismo, el estudio contempla aquellos referentes empíricos que permiten contrastar la enodiplomacia, en tanto formulación teórica, con la práctica de las relaciones internacionales que han planteado los países del Cono Sur durante las últimas décadas en esta misma materia, incluyendo ciertos actores estatales, nacionales y subnacionales y otros no estatales.

Palabras clave: enodiplomacia, gastrodiplo-macia, realismo, pensamiento periférico, poder blando.

Abstract

In this essay, an analysis is carried out on the foundations of Enodiplomacy and the link with other theories of global scope that have emerged from the region in recent years: Peripheral realism and eidetic studies. Likewise, the study analyzes those empirical references that allow contrasting enodiplomacy, as a theoretical formulation, with the practice of international relations that the of Southern South American countries have put forward during the last decades in this same matter, including some State, and national and subnational actors and other non-state actors.

Keywords: enodiplomacy, gastrodiplo-macy, realism, peripheral thinking, soft power.

RECIBIDO: 10/06/2023 APROBADO: 21/07/2023 PUBLICADO 24/09/2023

¹ Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile, ORCID 0000-0001-8983-2003, gonzalo.rojas.a@usach.cl

Introducción

Planteamiento del problema

Durante las últimas tres décadas en el Cono Sur de América, es decir Chile, Argentina y Uruguay, las principales teorías de alcance global que han surgido desde la región son el realismo periférico y los estudios eidéticos. En ambos casos, la formulación de un corpus teórico ha traído consigo un desarrollo para los estudios internacionales, en el primer caso, y para el posicionamiento del pensamiento latinoamericano, en el segundo.

En una disciplina históricamente dominada por las escuelas anglosajonas, resulta valiosa la emergencia de este tipo de teorías de alcance global, que permiten comprender de mejor forma el mundo contemporáneo desde una mirada periférica, mas no por ello menos comprensiva de los diversos fenómenos propios del tiempo presente.

En esta ocasión, hemos abordado el análisis de una enodiplomacia desde el Cono Sur y cómo se manifiesta en algunos ámbitos concretos de la diplomacia y de las relaciones entre los diversos actores internacionales. Para ello nos hemos valido de un estudio hermenéutico de fuentes heterogéneas, entre las que destacan artículos académicos al respecto y las cifras estadísticas de producción y documentación de carácter administrativo y/o legislativo en los países de la región, intentando esclarecer qué tipo de rol le cabe a la vitivinicultura en este tipo de fenómenos, contemplados desde la perspectiva de los estudios internacionales.

Las teorías de alcance global desde el Cono Sur: el realismo periférico, los estudios eidéticos y la enodiplomacia

El realismo periférico

Mediante la teoría de realismo periférico, Carlos Escudé ha buscado redefinir el concepto de “autonomía” en línea con “los costes de confrontar”, señalando la necesidad de un ejercicio de “utilitarismo de la periferia”, en cuyo enfoque prioritario debiese estar el ciudadano (Escudé, 2012; Schenoni y Escudé, 2016). Vale decir, un enfoque ciudadano-céntrico que supone que el objetivo supremo de la política exterior de un Estado periférico no debe ser el poder por sí mismo, sino el bienestar de su gente. De esta manera, un país periférico, carente del poder para establecer las normas internacionales que rigen a los Estados en materia de relaciones internacionales, debe evitar dentro de lo razonable cualquier tipo de provocación y más aún, cualquier tipo de conflicto con las grandes potencias. Visto así, la autonomía, para Escudé, no es otra cosa que la “capacidad de maniobra” de un determinado Estado, para poder progresar económica y culturalmente, observando las normativas internacionales emanadas por las grandes potencias.

El realismo periférico es una teoría de las relaciones internacionales que discute al realismo y al neorrealismo, mostrándose como heredero del pensamiento cepalino impulsado por Raúl Prebisch. Pero, a diferencia de dicho pensamiento, marcado por la teoría de la dependencia y sus planteamientos estructurales sobre el sistema de una economía interconectada, donde la existencia de relaciones desiguales de poder determinan las relaciones internacionales y a su vez, la dependencia no solamente económica, sino que además cultural y política, el realismo periférico no es una teoría del desarrollo económico; es una teoría de las relaciones internacionales, en cuya base fundamental está presente la teoría de “centro y periferia”, y como tal “es deudora del pensamiento precursor de Prebisch y de la CEPAL” (Escudé, 2012: 11-12).

El impacto de la obra teórica de Escudé no solamente ha dejado una huella en América Latina, ya que ha sido citada en Estados Unidos,² Canadá³ y en menor medida, en Europa⁴ y China.⁵

Es cierto que tal aproximación teórica de los estudios internacionales resulta de gran interés para un país periférico. Sin embargo, lo es en mayor medida en el marco de los problemas contemporáneos que debe enfrentar la sociedad global en su conjunto, donde la cooperación internacional continuará siendo un factor clave en la superación de problemas tales como el combate a la pobreza, el populismo y el progreso de la democracia.

Escudé sostenía que es inevitable que el sistema mundial sea imperfecto y jerárquico. A partir de esta constatación, el autor esgrime que existen tres tipos de Estados: los Estados forjadores de normas, los Estados tomadores de normas y los Estados rebeldes, que se convierten en parias al interior del sistema internacional. Se diferencia de lo planteado por Kenneth Waltz, quien veía al sistema internacional como una especie de “anarquía” entre los diversos Estados, los que actúan en un escenario internacional marcado por alianzas y objetivos disímiles entre ellos (Waltz, 1988). Escudé arguye, por el contrario, que dicho sistema está en un proceso constante de construcción de una jerarquía internacional, el cual deriva que todos los Estados no pueden, efectivamente, hacer todo lo que desean sus gobernantes, existiendo asimismo una desigualdad material entre ellos. Desde el “centro”, allí donde se acumula el poder de los Estados en este sistema internacional, el país más rector será el que tenga mayor capacidad de maniobra y a la larga también será el más poderoso.

2 Al respecto, véase Neuman, S.G. (2009). “Power, Influence and Hierarchy: Defense Industries in a Unipolar World”. En Bitzinger, R.A. (Comp.). *The Modern Defense Industry*. Santa Bárbara, Praeger Security.

3 Véase Close, D. (2010). *Latin American Politics: An Introduction*. Toronto, University of Toronto Press.

4 Consultar a Nele Noesselt, en alemán, *Alternative Welt-ordnungsmodelle: IB-Diskurse in China*. Heidelberg, VS Verlag, publicado en 2010.

5 Al respecto, revisar a Xu Shicheng, cuyo título en inglés es *Trends in the Modern Latin American Thought*. El último capítulo está dedicado al “realismo periférico”. El libro está publicado por el Institute of Latin American Studies (ILAS) de la Chinese Academy of Social Sciences, en el año 2010.

Se ha dicho anteriormente que la teoría del realismo periférico ha buscado redefinir el concepto de “autonomía” en línea con “los costes de confrontar”, señalando la necesidad de un ejercicio de “utilitarismo de la periferia”, en cuyo enfoque prioritario debiese estar el ciudadano. Dicha teoría, según su propio autor, surge como una reacción a las deficiencias del realismo clásico y el neorrealismo, asumiendo que el sistema internacional es imperfecto y jerárquico. En palabras del propio Escudé, el planteamiento expone un conjunto de “verdades ingratas” para América Latina, tales como su rol subalterno en el sistema de países y su dependencia de los denominados “Estados fuertes” o “forjadores de normas” (Escudé, 2012: 20).

La obra de Escudé tiene la particularidad de ser una teoría de alcance global, lo que la mantiene en la mira de diversos estudiosos de países tan disímiles como Alemania, China o Brasil, y cuyos fundamentos parecieran estar renovando el interés de la audiencia intelectual en América Latina, en el marco de la actual crisis mundial generada por la pandemia del Covid-19, donde es preciso repensar algunos aspectos de la vida política de las naciones, tales como el rol que juegan en materia del multilateralismo político, económico y social.

Los estudios eidéticos

En su obra “Una conversación desde el Sur: sobre la vida de las ideas y la reconfiguración de un espacio disciplinar”, los autores Eduardo Devés y Andrés Kozel analizan la naturaleza disciplinar de los estudios eidéticos, señalando que estos surgen a partir de la historia de las ideas y la historia intelectual, ambas tributarias del quehacer historiográfico, pero con una naturaleza esencialmente interdisciplinaria.

De esta forma, los denominados “estudios eidéticos” o “estudios de las ideas” se originan como resultado de una amplia red de colaboración intelectual internacional, aunque liderada desde el Cono Sur de América por intelectuales de Chile y Argentina, principalmente. Según ambos autores, “los estudios eidéticos enfatizan el estudio de las ideas más que de las intelectualidades, apuntan a estudiar las entidades eidéticas en tanto que tales, es decir, en sí mismas, parecido a como la lingüística estudia las lenguas” (Devés y Kozel, 2018).

El terreno de los estudios eidéticos es muy amplio, pues se aboca a la “producción inteligente”, vale decir, la manera como se expresan las ideas en las diversas disciplinas del conocimiento en su sentido más profundo. Comparte ámbitos de familiaridad con la gnoseología y con la epistemología, y así también comparte esferas de interpretación con la historia de las ideas.

En línea con lo planteado por el doctor Eduardo Devés, en su “Cartografías del patrimonio eidético”, el vínculo entre los estudios de las ideas y los estudios internacionales tiene una larga data, remontándose hasta los años sesenta y setenta del siglo XX, con autores como Raúl Prebisch (teoría de centro-periferia), Carlos Montenegro (nacionalismo y coloniaje), Samuel Pinheiro Guimarães (grandes Estados periféricos), Celso Lafer (identidad internacional) y Carlos Escudé (Bernal-Meza, 2005; Devés, 2009).

Una pieza angular de los estudios eidéticos está anclada a la noción de “ecosistema intelectual”, cuya definición más comprehensiva sería: “Aquellos lugares donde se desenvuelven las ideas” (Devés, 2021). Tales lugares, según el propio Devés, requerirían de un grado significativo de autoreconocimiento, interacción y dinámica en torno a la “circulación de las ideas”. No obstante, Devés atribuye los orígenes del concepto “ecosistema intelectual” al historiador de la ciencia Jacques Roger, quien lo habría planteado en 1987 en un seminario de epistemología e historia de las ciencias en el Institut National Agronomique Paris-Grignon. En dicha instancia, según el propio Devés, Roger sostenía que cada época atestiguaba una “coherencia propia” y un “ecosistema intelectual” (Roger 1987, citado en Devés, 2021).

En este sentido, Devés señala que:

la expresión no parece haber tenido mayor desarrollo. [...] Por mi parte, no estoy bien seguro en qué momento comencé a mencionar esta noción, si la escuché o leí sin percatarme donde, o reinventé algo que ya existía por más de quince años. Detecto que puede haber sido desde 2004, de una forma algo vaga, que se vino precisando hasta 2017. Allí se asoció a la tarea por mejorar la noción “contexto” y/o presentar opciones más felices para entender los lugares donde vivían y se desenvolvían las ideas. (Devés, 2021: 5)

Esta ha sido la manera en que es posible observar la emergencia de una nueva teoría de alcance global desde América del Sur, de la mano de autores que han trabajado con Eduardo Devés durante su extensa y prolífica carrera académica. Más bien como una teoría epistemológica, los estudios eidéticos han permitido fortalecer expresiones como el “pensamiento latinoamericano” y “pensamiento periférico”, los que han cobrado una nueva circulación entre las redes intelectuales globales, contribuyendo de esta manera a la circulación de las ideas que el propio autor ha escrito y compartido en sus numerosos años de investigación y docencia.

La enodiplomacia

La enodiplomacia, comprendida como modelo teórico, representa una manifestación distinta pero conectada intrínsecamente a la gastrodiplomacia, dos fenómenos que se entrelazan y se nutren mutuamente. Ambos conceptos abordan la aplicación estratégica de elementos culturales específicos, en este caso, el vino y la gastronomía, respectivamente, con el objetivo de fomentar los intereses nacionales, consolidar los vínculos internacionales y proyectar una imagen favorable de un país en la comunidad internacional.

La enodiplomacia constituye una disciplina especializada que pone su foco específicamente en el vino y su relevancia en el ámbito diplomático. El vino ha sido históricamente considerado como un distintivo cultural e identitario de un país o región determinada. A través de la enodiplomacia, las naciones pueden aprovechar la promoción de sus vinos, sus tradiciones vinícolas y la experiencia enológica en general como una herramienta

para consolidar las relaciones diplomáticas, fomentar el turismo enológico y promover el comercio de vinos.

Por otro lado, la gastrodiplomacia se basa en la utilización estratégica de la gastronomía en su conjunto, no solo abarcando los platos y sabores tradicionales, sino también las técnicas culinarias, los productos locales y los festivales gastronómicos. La gastronomía desempeña un papel fundamental en la identidad cultural de una nación, y a través de la gastrodiplomacia se puede aprovechar para proyectar una imagen positiva, atraer el turismo culinario y fomentar el diálogo intercultural. Su práctica implica el reconocimiento del poder que tiene la comida como un medio para establecer conexiones emocionales y facilitar la comprensión mutua entre las diferentes culturas, contribuyendo así a la construcción de la paz y la cooperación a nivel internacional.

La gastrodiplomacia se define académicamente como una estrategia que involucra el uso estratégico de la gastronomía en todas sus dimensiones: platos tradicionales, técnicas culinarias, productos locales y experiencias culinarias, con el propósito de promover los intereses nacionales, fortalecer las relaciones internacionales y proyectar una imagen positiva de un país a nivel global. Este enfoque implica aprovechar la gastronomía como un medio de comunicación cultural que trasciende barreras lingüísticas y culturales, fomentando el diálogo intercultural, la cooperación y la comprensión mutua entre las naciones. Busca influir en las percepciones, actitudes y opiniones de los ciudadanos extranjeros, utilizando el atractivo cultural de la gastronomía para generar beneficios económicos, atraer el turismo y establecer relaciones diplomáticas sólidas (Merino, 2018).

Tanto la enodiplomacia como la gastrodiplomacia se basan en el concepto de “poder blando” o *soft power*, que implica influir en otros países a través de elementos culturales y atractivos en lugar de la coerción o la fuerza. Ambas estrategias tienen como objetivo proyectar una imagen positiva del país, fortalecer las relaciones bilaterales y multilaterales, y generar beneficios económicos mediante el turismo y el comercio. Por lo tanto, la enodiplomacia y la gastrodiplomacia comparten un objetivo común al utilizar elementos culturales, en este caso el vino y la gastronomía, respectivamente, como herramientas estratégicas en el ámbito diplomático. Ambas estrategias procuran promover los intereses nacionales, fortalecer las relaciones internacionales y proyectar una imagen positiva del país en el escenario global.

En este contexto, es preciso señalar que la gastrodiplomacia ha ganado reconocimiento en el ámbito de los estudios internacionales en las últimas décadas debido a su impacto y efectividad. Se ha convertido en una disciplina clave para los países que buscan utilizar su patrimonio culinario como un recurso valioso para la promoción cultural, el fortalecimiento de la diplomacia y el impulso económico en el contexto global.

En una reciente publicación en la revista de *Estudios Internacionales* de la Universidad de Chile, los autores Pablo Lacoste y José Antonio Negrín han propuesto el uso del concepto de “enodiplomacia” como categoría de análisis señalando que: “El tema es particularmente relevante en países en los cuales la vitivinicultura tiene un peso significativo en la economía nacional, las exportaciones y el turismo, como los casos de Francia, Italia, España, Portugal y Alemania, en Europa, así como en Australia, Nueva Zelanda y Chile en el hemisferio sur” (Lacoste y Negrín, 2022). De esta manera,

la enodiplomacia o “diplomacia del vino” podría funcionar como una herramienta de utilidad para abordar los estudios de las relaciones internacionales con especial foco las naciones anteriormente mencionadas, enmarcado a su vez en la corriente de lo que se ha venido a denominar la “gastrodiplomacia” (Rockower, 2020) y, en mayor perspectiva aún, en el ejercicio de una política internacionales de “poder blando” por parte de algunos Estados (Nye, 2008).

La enodiplomacia busca promover el comercio de vinos, atraer el turismo enológico y fomentar el diálogo intercultural a través de la difusión y la promoción de los vinos locales, las tradiciones vitivinícolas y las experiencias enológicas. Al utilizar el vino como un medio de comunicación y conexión cultural, la enodiplomacia procura establecer relaciones diplomáticas sólidas, mejorar la imagen y la reputación de un país o región, y generar beneficios económicos a través del comercio y el turismo relacionados con el vino.

Los autores Lacoste y Negrín señalan que los orígenes de esta práctica son más bien remotos, cuyo inicio estaría en las diversas prácticas por parte de algunas naciones del hemisferio norte para establecer su supremacía cultural en las zonas periféricas, entre ellas, en América Latina. En este sentido:

los países de tradición vitivinícola, han incluido regularmente al vino dentro de la agenda de su política exterior. Esta tendencia se ha percibido tanto en Europa como en América, y se puede detectar desde la Edad Media hasta la actualidad. Los casos comprenden tanto imperios coloniales como modernos Estados republicanos. (Lacoste y Negrín, 2022: 122)

Asimismo, se señala que con particular importancia, países como España, Portugal, Francia y el Reino Unido han ejercido esta práctica de las relaciones internacionales a través de la Historia Moderna, como fuente de prestigio y poder económico y cultural. Y, si bien la enodiplomacia precede, en tanto práctica colonial, a su definición teórica, se señala que “guarda un paralelismo con el concepto de desarrollo industrial sustitutivo de importaciones, acuñado formalmente por la CEPAL en 1949, pero que ya estaba afianzado en América Latina desde la década de 1930, debido a las políticas proteccionistas surgidas como respuesta a la Gran Depresión de 1929” (Lacoste y Negrín, 2022: 121).

En consecuencia, creemos que el hecho fundamental que aquí debiera interesar es la eventual existencia de una política consistente, por parte de un Estado que se reconoce a sí mismo como productor de vinos, de poner en el centro de sus vínculos internacionales —económicos, políticos y culturales— a esta determinada industria, elevándola a la categoría de “industria emblemática del país”, bajo la premisa que estas acciones fortalecen su imagen internacional, a la vez que promueven el crecimiento de una industria exportadora que ha demostrado tener una gran capacidad para impulsar el desarrollo económico de los diversos territorios donde reside, generando a su vez importantes efectos multiplicadores en la economía local, a través de la diversificación y sofisticación de una oferta complementaria de productos y servicios relacionados, tales

como la gastronomía, la hotelería y el turismo temático del vino, denominado en la actualidad como “enoturismo” o “turismo enológico”.

Pareciera estar bastante claro que la enodiplomacia ha estado mayormente presente en la relación que los principales productores de Europa han establecido con otras naciones de las más diversas latitudes, hecho que se ha materializado consistentemente en la promoción de diversos tratados internacionales que incluyen la irrestricta protección de las Denominaciones de Origen de los vinos europeos, como así también en la permanente búsqueda de ventajas comerciales para sus exportaciones vitivinícolas (Cambolle y Giraud-Héraud, 2003; Campbell y Guibert, 2006; Cendón y Bruno, 2018).

No resulta extraño constatar que todas las organizaciones relevantes de la vitivinicultura global tengan su sede en Europa, tales como la Organización Internacional de la Viña y el Vino, la Academia Internacional del Vino y la Organización Internacional de Enólogos, siendo tres instituciones que rigen la armonización y progreso del sector a nivel mundial. Sin embargo, es preciso preguntarse si existe en la actualidad una enodiplomacia desde América del Sur y de qué manera esta se manifestaría en las relaciones entre los Estados.

El vino como industria emblemática en el Cono Sur

Combinados entre sí, los países del Cono Sur, Chile, Argentina y Uruguay, producen en la actualidad el 10% del vino a escala planetaria. Según las cifras más recientes de la Organización Internacional de la Viña y del Vino (OIV), el organismo oficial en esta materia que reúne a los cuarenta y siete Estados miembros que son productores de vino en el mundo, Chile elaboró el año 2021 una cifra de 13,4 millones de hectolitros; Argentina, 12,5 millones de hectolitros y Uruguay, muy por detrás, elaboró 0,9 millones de hectolitros. Solo detrás de Europa Occidental, la región del Cono Sur se consolida como la segunda en importancia para el mercado global del vino, desplazando a los Estados Unidos y a los demás productores del Nuevo Mundo, tanto en volumen de las exportaciones como así también en valor (Beezley, 2005; Campbell y Guibert, 2007; Baptista, 2008; Villanueva, 2014; Lacoste, 2019).

Sobre este importante punto, Medina *et al.* han señalado recientemente:

En Argentina y Chile existe un importante tejido de empresas medianas de carácter nacional y destacan importantes empresas bodegueras con una enorme capacidad de producción y distribución. En buena parte, la creciente competitividad de los países vitivinícolas del Cono Sur se ampara en la fortaleza de las grandes bodegas, que compiten en distintos segmentos por su amplia diversificación de mercados y variedades de cepas, su alta capacidad de negociación sobre los proveedores y el hecho de disponer de redes de comercialización y distribución propias en mercados dinámicos y en expansión. (Medina-Albaladejo *et al.*, 2014: 76)

De esta misma manera, se menciona la gran capacidad que han desarrollado las bodegas del Cono Sur en los ámbitos de *marketing* global, especialmente en niveles de alta gerencia: “Los gerentes de las bodegas del Cono Sur tienen altos niveles de capacitación, conocimiento de los mercados, habilidades en *marketing* y experiencia internacional” (Medina-Albalodejo *et al.*, 2014: 76-77). Este hecho se demuestra en el desempeño comercial que hoy alcanzan las principales bodegas de esta parte del mundo, las que se posicionan entre las más modernas y competitivas a nivel global, a saber: Concha y Toro, Santa Rita y San Pedro-Tarapacá en Chile; Catena Zapata, Peñaflores, Rutini y Zuccardi en Argentina; Ariano, Carrau, Juanicó y Garzón, en Uruguay, por nombrar las más influyentes.

Los autores antes mencionados señalan que uno de los principales factores de éxito de este modelo exportador del Cono Sur estaría explicado, en gran medida, por el enfoque en la calidad del vino de esta región en cuestión, señalando que:

Las ventajas comparativas reveladas más favorables por sus mayores índices positivos se encuentran en los vinos de Chile y Argentina. El crecimiento de las exportaciones de vinos de calidad a precios económicos, muy por encima de las importaciones y la baja presencia de vinos a granel en comparación con otros países del hemisferio sur, entre otros, explican la mejora de la ventaja comparativa revelada de Chile y Argentina en los últimos tiempos y, sobre todo, en la última década. (Medina-Albalodejo *et al.*, 2014: 77)

En los tres países del Cono Sur la vitivinicultura es una industria pujante, relevante como porcentaje del PIB y especialmente, una industria designada como emblema de la nación. En el caso de Chile, ya desde el año 2010 que el vino ha sido señalado como la “industria emblemática del país” por parte del Ministerio de Economía, Fomento y Turismo, una declaración que, si bien no tiene un carácter legislativo, sí ha formado parte constitutiva del quehacer diplomático del país gracias al trabajo de la cancillería de la República, de las embajadas y delegaciones en el extranjero y de la Fundación Imagen de Chile, a través de una normalización de carácter interno del propio Ministerio de Economía Fomento y Turismo, y el Ministerio de Relaciones Exteriores.

El año 2013, en la República Argentina, el vino fue declarado como la “bebida nacional” a través de la ley 26.870⁶ y al año siguiente, ocurrió lo mismo en la República de Uruguay, con decreto 171 que estipula “Se declara al vino uruguayo en todas sus gamas, características y tipo como la bebida nacional”.⁷

En los tres casos, las disposiciones administrativas y/o legales en cuestión han generado las indicaciones pertinentes para que esta declaración se traduzca en un número determinado de acciones efectivas en la promoción de la vitivinicultura, las que, a su vez,

6 Véase <https://www.argentina.gob.ar/agricultura/vino-argentino> (consultado 06/09/2023).

7 Ver <https://www.impo.com.uy/bases/decretos/171-2014> (consultado 06/09/2023).

creemos que pueden ser interpretadas como prácticas de diplomacia, paradiplomacia o bien, diplomacia de actores subnacionales, tales como:

- Presencia del vino nacional en las actividades de interés para la nación, como actos oficiales, conmemoraciones, banquetes y recepciones oficiales de dignatarios y representantes del extranjero.
- Presencia de vinos nacionales en las embajadas, oficinas consulares y cualquier otro tipo de representación o delegación oficial de la República en el extranjero.
- Obsequio de vinos nacionales a dignatarios, personalidades, celebridades y representantes del extranjero.
- Presencia de la industria emblemática nacional en las exposiciones universales, pabellones de curiosidades, celebraciones internacionales o cualquier otro tipo de concurrencia multilateral con representación diplomática o delegación nacional o subnacional, actores no estatales y algún tipo de colaboración de estos en el extranjero.

Sobre este último punto, resulta de interés observar la colaboración, por ejemplo, que en la actualidad está ocurriendo entre el Gobierno de Mendoza, un actor de carácter subnacional en el ámbito de las relaciones internacionales, con el Gobierno Regional de O'Higgins, un actor de carácter subnacional, instancia en la que además participan actores no estatales de ambos países y que ha permitido la transferencia técnica desde Mendoza a O'Higgins en el ámbito de las festividades de la vendimia, un claro ejemplo de diplomacia subnacional.

De esta forma, es posible observar cómo en los países del Cono Sur ha adquirido una institucionalidad creciente la práctica de la enodiplomacia, toda vez que en cada uno de estos países subyacen intenciones similares de impulsar la vitivinicultura nacional como una industria emblemática, asociándola, tanto simbólica como pragmáticamente, con la idea del bienestar, el progreso y la confiabilidad en las relaciones internacionales (Elías, 2014; Fidel, 2018; Aliste *et al.*, 2019; Lacoste, 2019).

Cabe destacar, adicionalmente, un auge del enoturismo en Chile, Argentina y Uruguay, donde crece el interés de combinar la tradición y valores que involucran la elaboración del vino, con la entrega de una experiencia para el visitante, el cual ha mostrado una progresiva atención por entender los procesos en la elaboración del vino. Lo anteriormente señalado suele ser comprendido por los especialistas, como un ejemplo de “turismo cultural”, que “surge desde el interés de los visitantes por conocer y comprender el patrimonio cultural”. Viajar a regiones vitivinícolas es una práctica cada vez más común en los cinco continentes, y los países del Cono Sur no son la excepción. El visitante, que ama el vino, que procura descubrir la tradición vitivinícola, viaja para conocer una zona vitivinícola a través de la degustación, para recorrer los paisajes, viñedos y bodegas, descubriendo un mundo de aromas y sabores propios de aquel terruño y de su gente (Elías, 2014).

Aun cuando existen diferentes definiciones dentro de la literatura científica, puede considerarse que el turismo del vino, en síntesis, dice relación con el conjunto de las

actividades turísticas y recreativas llevadas a la práctica en un territorio determinado, relacionadas con la cultura del vino y las características particulares de un destino vitivinícola, tales como su historia, identidad y patrimonio (Elías, 2014; Fidel, 2018; Aliste *et al.*, 2019; Lacoste, 2019). Esta práctica, observada históricamente por parte de las naciones vitivinícolas de Europa como un instrumento de poder blando, ha sido incorporada y adaptada por los países del Cono Sur de manera institucionalizada a partir de los últimos años, permitiendo a los consumidores de diversos rincones del mundo conocer cada vez de mejor forma las bondades de la producción vitivinícola de los países de la región (Beezley, 2005; Campbell y Guibert, 2007; Baptista, 2008; Villanueva, 2014).

La industria vitivinícola se consolida entonces como la industria más importante de estos países en términos de la marca-país en el mundo, siendo un protagonista de los tratados y acuerdos comerciales, como así también de la promoción de la imagen del país en el extranjero, en ámbitos tales como el turismo, la cultura y la inversión extranjera y en el turismo receptivo (Cambolle y Giraud-Héraud, 2003; Campbell y Guibert, 2006; Cendón y Bruno, 2018).

Según las cifras disponibles en la actualidad, Chile exporta sus vinos a más de ciento cincuenta países en los cinco continentes; Argentina lo hace a ciento veintitrés países, y Uruguay, con una producción bastante menor que sus vecinos y un gran consumo interno por habitante, exporta sus vinos a una docena de países en América y Europa.

La alta diversificación de las exportaciones de vino es el reflejo de una política consistente de promoción de las exportaciones del sector, la que se ha visto reforzada por la firma de tratados de libre comercio con las más importantes economías globales, en particular en el caso de Chile, y en menor medida, Uruguay y Argentina. Sin embargo, este tipo de acuerdos multilaterales de comercio, sumado a los TLC que los tres países tienen en la actualidad con las principales economías emergentes (Brasil, China y la India), generan auspiciosas perspectivas de crecimiento para el sector, las que, a su vez, se materializan en una mayor presencia en los mercados globales, el desarrollo competitivo de la industria vitivinícola y, por añadidura, en el progreso económico de las naciones del Cono Sur.

Enodiplomacia, realismo periférico y estudios eidéticos en perspectiva regional

Visto desde la formulación teórica de la enodiplomacia, puede advertirse cómo estas naciones han sido exitosas en la construcción de prestigio y poder desde el ámbito estudiado, lo que se ha traducido en una herramienta eficaz de poder blando en la esfera global de las relaciones internacionales. El desarrollo del sector productivo de la vid y del vino ha generado, a su vez, un impulso a otras industrias derivadas o similares, tales como el turismo y la gastronomía.

El vino ha sido la puerta de entrada para estos productos en las principales economías globalizadas. Asimismo, ha permitido vínculos comerciales preferenciales y, en adición,

un halo de prestigio para estas naciones en el concierto global, las que se identifican con una industria prestigiosa como lo es la vitivinicultura, que tiene la capacidad de promover las Denominaciones de Origen de sus productos, y por consiguiente, el turismo y el desarrollo económico de los diversos territorios y paisajes culturales (Campbell y Guibert, 2006).

Esta construcción de poder desde el sur de América comparte, a su vez, ciertos orígenes en su formulación teórica con las otras teorías citadas en el presente ensayo, la teoría de la dependencia y las relaciones centro-periferia, que, en tanto modelos sociales, manifiestan la búsqueda por el bienestar material y cultural de la sociedad. En este sentido, el pensamiento cepalino se basó, en gran medida, en la crítica a la idea de las ventajas comparativas como punto de referencia para la división internacional del trabajo y eso es, justamente, un hecho de relevancia que explica la importancia de la vitivinicultura en los países sudamericanos aquí estudiados (Bernal-Meza, 2005; Devés, 2009).

Desde este punto de vista, los modelos teóricos en cuestión —estudios eidéticos, realismo periférico y enodiplomacia— surgen a partir de un pensamiento latinoamericano con identidad propia, basado en autores locales que piensan e interpretan el mundo desde una realidad americana. Esta característica en común existe como producto de un ecosistema intelectual en América del Sur, el que está debidamente interconectado, de forma que las ideas pueden circular con facilidad a través de los distintos ecosistemas intelectuales de cada país (Devés, 2021).

Creemos que la enodiplomacia, en tanto una incipiente formulación teórica del Cono Sur, establece un diálogo con la teoría de los ecosistemas intelectuales, esencialmente en el ámbito del cultivo del pensamiento latinoamericano, el que se muestra una vez más en toda su versatilidad y capacidad de originalidad para interpretar el mundo contemporáneo y las problemáticas del tiempo presente.

Por otra parte, la enodiplomacia dialoga con el realismo periférico, toda vez que asume la ineficacia de la confrontación total con las potencias globales, y en su defecto, proponen una estrategia de consecución de autonomía a través del multilateralismo, la diplomacia y el diálogo permanente con los diversos actores del sistema internacional, especialmente a nivel estatal, y en menor medida, con actores no estatales. Este último punto muestra relación con la teoría de Escudé definida como “los costes de confrontar”, señalando la necesidad de ejercer un “utilitarismo de la periferia” por parte de los Estados observadores de la normas internacionales, con un enfoque, prioritariamente, “ciudadano-céntrico”.

Como húboselo señalado anteriormente, esta teoría surge como reacción a las deficiencias del realismo clásico y el neorrealismo, asumiendo que el sistema internacional es imperfecto y jerárquico, lo cual, señalado por Escudé, expone un conjunto de “verdades ingratas” para América Latina, tales como su rol subalterno en el sistema de países y su dependencia de los denominados “Estados fuertes” o “forjadores de normas” (Escudé, 2012: 20).

Planteado como un “realismo social”, el realismo periférico ha emergido, en mayor o menor medida, como una especie de guía metodológica para las relaciones internacionales,

con especial énfasis en aquellos países que el propio Escudé denomina “periféricos” o bien “Estados tomadores de reglas”, entre los que encuentran los países del Cono Sur.

Cabe preguntarse si la enodiplomacia plantea nuevos debates al realismo periférico, adscritos a las particularidades de un sector específico de la economía y de la sociedad. Y, la verdad es que sí. Adaptada a los requerimientos inherentes al sector de la vid y del vino del Cono Sur, en tanto que una cultura originalmente trasplantada desde Europa a América, originada a partir de la inmigración, la posibilidad de conflicto ha estado presente históricamente, lo que se ha demostrado en diversos periodos de la historia vitivinícola de estas naciones, señalado en numerosos artículos académicos a través de problemáticas tales como la falsificación, el uso de denominaciones de origen europeas o bien, la competencia supuestamente desleal de Europa, en atención a las subvenciones que la UE entrega a sus viticultores, incentivos de los que carecen los viticultores sudamericanos, por ejemplo.

Sin embargo, los países del Cono Sur, entendiendo su posición subalterna en el concierto global de las economías emergentes, han sabido navegar de manera pragmática, evitando sistemáticamente la confrontación, especialmente política y diplomática, llevando la competencia al terreno donde precisamente pueden ser más fuertes y prosperar: el terreno comercial.

Habiendo renunciado al uso de Denominación de Origen o Indicación Geográfica europea, los países del Cono Sur de América se han embarcado en el desarrollo de sus propios sistemas de zonificación vitivinícola, basados en reglas propias, mayormente simplificadas, donde rigen las directrices y nomenclaturas establecidas por cada Estado (Cendón y Bruno, 2018).

No obstante, a través de la colaboración interestatal, interprofesional y académica, las naciones de Chile, Argentina y Uruguay han podido consensuar una serie de protocolos vitícolas y enológicos que hoy rigen en la región, y que han permitido la conformación de una organización técnica regional denominada como el “G4 de la vitivinicultura sudamericana”, conformada por los representantes de estos tres países, más Brasil, a los que prontamente se espera sumar a los de Bolivia y Perú, transformando esta institución en una nueva entidad, cuyo nombre ha pasado a ser Asociación de Enólogos de América; un nuevo actor no Estatal, de carácter esencialmente técnico, representada por los presidentes de cada uno de los colegios profesionales de enología de cada país que aspiran un temprano reconocimiento formal de los Estados miembros y por extensión, de la Organización Internacional de la Viña y del Vino (OIV).

Por otra parte, creemos que el vínculo que existe entre la enodiplomacia y los estudios eidéticos radica en el hecho que su formulación teórica emerge en el ecosistema intelectual del Cono Sur, ligado al pensamiento latinoamericano y en un nodo intelectual que muestra marcadamente una identidad propia, estrechamente vinculada a su medioambiente intelectual (Devés y Kozel, 2018).

De esta manera, puede verse cómo dialogan entre sí estos diferentes modelos teóricos emanados desde la región en las últimas décadas, tanto en el ámbito estrictamente

intelectual como así también en la práctica de las relaciones internacionales y el pensamiento latinoamericano en la realidad del tiempo presente.

Conclusiones

En el origen de este ensayo se ha planteado la hipótesis sobre la emergencia de una nueva formulación teórica desde nuestra región, descrita como una manifestación intelectual que continúa la línea de tradición teórica de los estudios internacionales desde el Cono Sur y que comparte algunos principios con otras teorías originadas en las últimas décadas: el realismo periférico y los estudios eidéticos.

En este mismo planteamiento, un objetivo perseguido por el presente trabajo ha sido analizar si la enodiplomacia tiene un asidero más allá de la formulación teórica planteada recientemente y puede verse reflejada en la práctica de las relaciones internacionales que han planteado los países del Cono Sur durante las últimas décadas. Como ha quedado demostrado, efectivamente esta práctica existe y se manifiesta en ámbitos concretos de la diplomacia y de las relaciones entre los diversos actores internacionales, en distintos niveles.

La enodiplomacia o “diplomacia del vino” funciona, para los países de la región, no solo como una herramienta de utilidad para abordar los estudios de las relaciones internacionales, sino además como una herramienta pragmática en el propio ejercicio de la diplomacia. Cabe destacar que tanto la enodiplomacia y la gastrodiplomacia desempeñan roles complementarios y significativos en el ámbito de los estudios internacionales y la diplomacia cultural. Ambas estrategias utilizan elementos culturales, como el vino y la gastronomía, respectivamente, para promover los intereses nacionales, fortalecer las relaciones internacionales y proyectar una imagen positiva de un país o región en el escenario global.

La enodiplomacia, al centrarse específicamente en el vino, permite a los países aprovechar el patrimonio vitivinícola y las tradiciones vinícolas para establecer lazos diplomáticos sólidos, promover el comercio de vinos y atraer el turismo enológico. El vino se convierte en una poderosa herramienta de comunicación cultural y en un símbolo de la identidad y la calidad de un país o región.

La gastrodiplomacia, por su parte, utiliza la gastronomía como un medio para proyectar una imagen positiva, fomentar el diálogo intercultural y promover la diversidad cultural de un país. La gastronomía es una parte integral de la identidad cultural y la cocina tradicional refleja la historia, la geografía y las tradiciones de una nación. Al promocionar la gastronomía se atraen turistas, florece el comercio de productos alimentarios y se fortalecen las relaciones diplomáticas. La vinculación entre la enodiplomacia y la gastrodiplomacia radica en la sinergia que se crea al combinar el vino y la gastronomía como elementos culturales poderosos. Ambas estrategias se complementan y refuerzan mutuamente, ya que el vino y la gastronomía a menudo van de la mano, y juntos ofrecen una experiencia completa y auténtica de la cultura culinaria de un país.

En conjunto, la enodiplomacia y la gastrodiplomacia permiten a los países proyectar una imagen positiva, fortalecer sus relaciones internacionales, atraer el turismo, promover el comercio y fomentar la comprensión y la cooperación entre las naciones. Son herramientas valiosas que aprovechan la riqueza cultural y culinaria de un país para establecer lazos diplomáticos sólidos y generar beneficios económicos, al tiempo que promueven la diversidad cultural y el diálogo intercultural en un mundo globalizado.

Se ha expuesto también que los países del Cono Sur, Chile, Argentina y Uruguay, combinados entre sí producen en la actualidad el 10% del vino mundial, consolidando a la región como la segunda en importancia para el mercado global del vino, desplazando a Estados Unidos y a los demás productores del Nuevo Mundo, tanto en volumen como en valor exportado.

El tejido empresarial existente en la región estudiada, en concordancia con las políticas gubernamentales de impulso al sector, han permitido un gran despegue y desarrollo competitivo, en que uno de los principales factores de éxito de este modelo exportador estaría explicado por el enfoque esencialmente en la calidad del vino, reconocido internacionalmente en la actualidad.

La existencia de este tejido empresarial regional en el Cono Sur, con profesionales que circulan por este espacio para generar sinergia, intercambiar conocimientos, bienes y servicios, sería una prueba de la existencia de paradiplomacia o bien, la actividad de actores no estatales en las relaciones internacionales, especialmente en la diplomacia del vino. Lo mismo ocurre con el papel de los actores subnacionales, gobiernos provinciales y regionales, que promueven y facilitan intercambios y complementación de servicios dentro del Cono Sur. La asistencia que está dando el gobierno de Mendoza a zonas vitivinícolas de Chile para organizar su propia fiesta nacional de la vendimia es otro ejemplo de la enodiplomacia subnacional.

Tanto en Chile como en Argentina y Uruguay, la vitivinicultura es una industria en franca expansión, designada como emblema. En los tres casos las disposiciones administrativas y/o legales en cuestión han generado las indicaciones pertinentes para que esta declaración se traduzca en un número determinado de acciones efectivas en la promoción de la vitivinicultura, en los más diversos ámbitos de las relaciones internacionales.

De esta forma, creemos que es posible observar cómo, a partir de la década pasada, en los países del Cono Sur se ha fortalecido una institucionalidad creciente en la práctica de enodiplomacia, toda vez que en cada uno de estos países subyacen intenciones similares de impulsar la vitivinicultura nacional como una industria emblemática del país, asociándose, tanto simbólica como pragmáticamente, con la idea del bienestar, el progreso y la seriedad en las relaciones internacionales.

Finalmente, en concordancia con nuestra hipótesis de trabajo, sostenemos que la enodiplomacia permite establecer un diálogo teórico con las otras teorías de alcance global originadas en la región. Creemos que las tres teorías en cuestión surgen a partir de un pensamiento latinoamericano con identidad propia, basado en autores locales que piensan e interpretan el mundo desde una realidad americana, desde una mirada

global y también local, a la vez. Y, en definitiva, esta característica en común existe como producto de un ecosistema intelectual del vino en América del Sur que está plenamente vivo y que es capaz de generar un pensamiento por sí mismo, atendiendo a las problemáticas de una realidad local y global, cuyas soluciones van emergiendo desde la propia realidad de estas naciones y los requerimiento de su población, en un ejercicio de autonomía y desarrollo económico y social de gran interés para nuestras disciplinas.

*Investigación correspondiente a tesis doctoral *Estudio sobre la emergencia de un nuevo modelo vitivinícola en el Cono Sur de América: Chile, Argentina y Uruguay*, en el marco del proyecto ANID/Anillo/ATE 220008 “Patrimonio mestizo y apreciación de la cultura local. Las lecciones olvidadas de la Guerra Fría”, Universidad de Santiago de Chile.

Bibliografía

- Aliste, E.; Bustos, B.; Gac, D. y Schirmer, R. (2019). “Discursos sobre la viña y el vino: nuevos territorios en el imaginario social”. *Revista de Geografía Norte Grande* 72: 113-132. DOI <https://doi.org/10.4067/s0718-34022019000100113>
- Baptista, B. (2008). “La temprana vitivinicultura en Uruguay: surgimiento y consolidación”. *América Latina en la Historia Económica* 29: 99-129.
- Beezley, W. (2005). “La senda del Malbec: la cepa emblemática de Argentina”. *Universum* 20(2): 288-297. DOI <https://doi.org/10.4067/s0718-23762005000200015>
- Bernal-Meza, R. (2005). *América Latina en el mundo: el pensamiento latinoamericano y la teoría de relaciones internacionales*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Cambolle, C. y Giraud-Héraud, E. (2003). “Economic Analysis of Certification by an AOC”. En Gatti, S.; Giraud-Héraud, E. y Mili, S. (Eds.). *Wine in the Old World. New Risks and Opportunities*. Milán, Franco Angeli: 15-28.
- Campbell, G. y Guibert, N. (Eds.). (2007). *Wine, Society and Globalization: Multidisciplinary Perspectives on the Wine Industry*. Nueva York y Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- _____. (2006). “Old World Strategies against New World Competition in a Globalizing Wine Industry”. *British Food Journal* 108(4): 233-242. DOI <https://doi.org/10.1108/00070700610657092>
- Cendón, M.L. y Bruno, M. (2018). “Indicaciones Geográficas en Argentina: aportes metodológicos para el estudio de sus potencialidades y limitantes”. *Revista RIVAR* 5(14): 106-127.
- Devés, E. (2021). “‘Ecosistemas intelectuales’ como unidad de análisis: los lugares donde se desenvuelven las ideas”. *Revista Izquierdas* 50: 1-23.

- _____. (2009). “La constitución de un pensamiento latinoamericano sobre asuntos internacionales”. En *Terceras Jornadas sobre la Política Exterior de Bolivia*. La Paz y Santa Cruz de La Sierra, marzo 2009. <http://wold.fder.edu.uy/contenido/rrii/pensamiento-lat-asuntos-internacionales.pdf> (consultado 30/09/2023).
- Devés, E. y Kozel, A. (2018). *Una conversación desde el Sur sobre la vida de las ideas y la reconfiguración de un espacio disciplinar*. Santiago, Ariadna.
- Elías, V. (2014). “El paisaje del viñedo: su papel en el enoturismo”. *Revista RIVAR* 1(3): 12-29.
- Escudé, C. (2012). *Principios de realismo periférico: una teoría argentina y su vigencia ante el ascenso de China*. Buenos Aires, Lumière.
- Fidel, G. (2018). “Turismo del vino, experiencias y tendencias”. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.enoturismochile.cl/wp-content/uploads/2018/06/1.-Gabriel-Fidel-JUNIO-2018.pdf (consultado 06/09/2023).
- Lacoste, P. (2019). *La vid y el vino en el Cono Sur de América*. Santiago, RIL.
- Lacoste, P. y Negrín, J. (2022). “El concepto de Enodiplomacia y su aplicación en los Estudios Internacionales”. *Revista de Estudios Internacionales* 202: 107-125.
DOI <https://doi.org/10.5354/0719-3769.2022.66806>
- Medina-Albaladejo, F.J.; Martínez-Carrión, J.M. y Ramon-Muñoz, J.M. (2014). “El mercado mundial del vino y la competitividad de los países del Hemisferio Sur, 1961-2010”. *América Latina en la Historia Económica* 21(29): 40-83.
DOI <https://doi.org/10.18232/alhe.v21i2.568>
- Merino, C. (2018) “Fortalecimiento de la imagen país mediante el uso de gastrodiplomacia en la proyección exterior de Chile, a partir del caso peruano”. *Revista Chilena de Relaciones Internacionales* 2(1): 138-164.
- Nye, J.S. (2008). “Public Diplomacy and Soft Power”. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 616(1): 94-109. DOI <https://doi.org/10.1177/0002716207311699>
- Rockower, P. (2020). *A Guide to Gastrodiplomacy*. Nueva York, Routledge.
- Schenoni, L. y Escudé, C. (2016). “Peripheral Realism Revisited”. *Revista Brasileira de Política Internacional* 59(1): e002.
- Villanueva, E. (2014). “La innovación como causa del éxito exportador vinícola del Nuevo Mundo Anglosajón”. *Revista RIVAR* 1(1): 1-13.
- Waltz, K. (1988). *Teoría de la política internacional*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.